

expresion sañuda. Me ha pegado en la mano, pero yo le sentaré la mia en el cogote, y cuando vuelva á apretar la del Eribonzuelo, no le quedarán mas ganas de enseñarme los dientes. Empiezo á creer lo que tantas veces me ha dicho Marat, que ha llegado el tiempo de la venganza. Preciso es echar á bajo la corona para que el pueblo gobierne. Me sale de adentro odiar á esta Austriaca, que arremanga la nariz y se cree mejor que mi mujer. Cuando nosotros seamos los amos y el rey nuestro criado, haré que Maria Antonietta sea mi camarera y su hijo mi limpiabotas. Ya sabrá entónces á qué sabe mi tirapié.

Mientras el zapatero Simon desfogaba de este modo la vergüenza y el despecho de haber sido burlado y vencido por una débil mujer y esa la reina, esta continuó su camino por el paseo de la Arcadia. Al fin de él estaba el cercado que conducía al pequeño jardín reservado para la familia real. Por la puerta de hierro, muy inmediata, que adornaban las armas de los reyes de Francia, Maria Antonietta penetró en un verdadero asilo, en el cual, libre de las acechanzas é insultos del pueblo, respiró ella con mas franqueza, así que los lacayos cerraron y oyó el golpe de la cerradura.

Paróse por un momento para reponerse y entónces echó de ver que le temblaban las piernas, y que apenas tenia fuerzas para seguir adelante. Tal vez le habria servido de alivio el caer de rodilla y enviado al seno de Dios la expresion ferviente de sus pesares y tormentos. Pero tras ella se hallaban los lacayos, su hijo que no cesaba de contemplarla con sus grandes ojos, fuera de que llegaba hasta allí desde el muelle la gritaria del pueblo, como el trueno de las olas de un mar distante que rompen con furor contra las rocas de la costa.

No podía, pues, la reina exhalar una queja ni hacer una oracion, porque debia mostrar serenidad á su hijo, dignidad y compostura á sus criados. A Dios solamente era dado penetrar en aquel corazon afligido y medir la profundidad de su angustia. Pero en medio de su misma pesadumbre y su tristeza, se abria camino un sentimiento secreto de triunfo y satisfaccion. Si, habia ella mantenido su libertad é independencia, no era la prisionera de Lafayette, no estaba bajo la proteccion del general del pueblo, no le habia dado facultad de velar por su seguridad con la Guardia Nacional, ni el gusto de poder decir en su orden del dia:—A tal y cual hora la reina se pasea, amparémosla de la ira popular á fin de que se recree libremente.

—Mamá, le dijo el delfin interrumpiendo sus profundas meditaciones, ahí viene el rey, ese es papá. ¡Cuánto se alegrará de saber que yo fui valiente!

—Si, mi Bayardito, contestó la reina saliendo de su abstraccion, has hecho honor á tu gran modelo y te has mostrado caballero *sans peur et sans reproche*. Mas el verdadero valor, hijo, no se gloria en las grandes hazañas, ni ambiciona la admiracion de los demas, sino que guarda silencio sobre ellas y deja que otros las celebren.

—Yo tambien me callaré, mamá. Ya verás si yo sé guardar silencio y no hablar de mí mismo.

El rey, entretanto, seguido de varios caballeros y servidores, se acercaba con la priesa que tenia por costumbre, y en el afan de llegar á donde estaba su mujer, siguiendo la línea recta, abandonaba las tortuosas sendas y hollaba las últimas marchitas flores de otoño.

—Al fin te encuentro, Maria! exclamó él apenas se puso al alcance. Te buscaba para sacarte del parque. Hace tiempo que saliste y me tenias con mucho cuidado.

—¿Por qué con mucho cuidado? repuso la reina. ¿Qué peligro podia yo correr en mi jardín?

—No trates de ocultarme nada, Maria; replicó el rey con amargura. Lo sé todo. El odio del pueblo nos priva del goce del aire libre. Luego que tú los despediste, Lafayette y Bailly vinieron á verme, y me contaron que no les hiciste caso, ni quisiste concederle al general facultad de protegerte con sus tropas en tus paseos por el parque.

—Te han dicho verdad, Luis, y espero que apruebes mi conducta. Tú, como yo, sientes que es una nueva humillacion consentir en que el general del pueblo sea quien regule hasta nuestros mas inocentes pasatiempos. Si es que no tenemos derecho para pasearnos al aire libre, mas vale estarnos en casa.

—Yo no he pensado en otra cosa que en los peligros que correrias paseando sin proteccion; observó el rey muy perplejo. Me ha pintado Lafayette esos peligros con tan negros colores, y tengo que confesar con pena que no ha exagerado, que solo me corresponde pensar en tu seguridad. Bajo este punto de vista he examinado el asunto, de suerte, que me parece ocioso añadirte que he aprobado su proposicion y dádole facultad para que te proteja en tus paseos de los insultos del populacho.

—Me prometo, sin embargo, que no has fijado las horas de mis paseos. ¿Las has fijado?

—Sí, contestó el rey con cuanta blandura le fué dado. Sabedor de tus hábitos y de que tanto en otoño como en invierno, gustas pasearte al aire libre entre doce y dos del día, y en verano de cinco á siete, he arreglado con el general Lafayette que guarde el parque á esas horas, aunque tú no estés fuera del palacio.

—Sire, dijo la reina dando un profundo suspiro, tú mismo aprietas los cordeles con que embarazan nuestros movimientos. Hoy limitas nuestra libertad á dos miserables horas, precedente que no se echará en saco roto. La proteccion del señor Lafayette, nos servirá de escudo al principio y podremos pasearnos en seguridad, mas no tardará en llegar el día en que eso no baste y en que solo el poder de Dios nos libre de todo mal. Porque abdica la autoridad que no se basta á sí misma, se desprestigia el soberano que se muestra débil y dependiente, desaparece la majestad que no sabe llevar la corona. ¡Ah! Preferiria arrostrar la ira del pueblo, con tal de conservar mi independencia, á pasearme con toda seguridad, bajo la égida del señor Lafayette.

—Maria, tú lo ves todo por el lado mas negro, le dijo el rey afligido. Si tenemos prudencia y nos conformamos á las circunstancias, si hacemos concesiones oportunas, aun puede enmendarse todo, desarmarse el odio y conquistarse la enemiga.

No replicó la reina, solo se inclinó sobre el delfin y le dijo al oído:

—Ya puedes referir lo pasado, Luis. Ya no es necesario guardar silencio. Así, cuenta tu heroísmo.

—Es de heroísmo de lo que se trata? preguntó el rey que entreoyó las últimas palabras de la reina.

—Sí, precisamente de heroísmo; contestó esta. Pero nos pasa lo que á Don Quijote. Creíamos que peleábamos por nuestra honra y trono, y debemos confesar que no fué sino con molinos de viento. Ruégote informes al general Lafayette que no es necesario guarde las avenidas del parque con sus tropas, no volveré á pasearme.

Y cumplió la reina su palabra. No volvió á entrar en los jardines y parque de las Tullerías, no le dió ocasion jamas á Lafayette de protegerla, y sin necesidad de las tropas logró el objeto apetecido,—alejar el populacho de aquellos sitios reales. Porque sucedió lo que era muy natural que sucediera, no viendo aparecer la reina, se cansó de ir día tras día sin fruto á las verjas y amontonarse en el muelle. Verdad es que la hizo peor, pues en vez de perder el tiempo en inútiles amenazas en torno de los jardines, acudió á los clubs con doble asiduidad y aprendió de memoria, puede decirse así, el arte de las revoluciones, oyendo día y noche los incendiarios discursos de Marat, Santerre y otros, y las vehementes arengas de Mirabeau, Robespierre, Danton y demas caudillos de la famosa Montaña. Unos y otros socavaban los cimientos de la monarquía y preparaban las escenas de horror y sangre que señalaron el curso de la revolucion Francesa.

CAPITULO XVI.

Habia pasado el invierno, triste, húgubre invierno para la familia real, especialmente para Maria Antonietta; para quien no hubo las fiestas, las distracciones, los sencillos é inocentes goces que suelen embellecer la vida de la mujer, mas de una reina.

Ya no es la Maria Antonietta que manda, que ve en torno suyo un círculo numeroso de cortesanos reverentes, ávidos de recoger la menor palabra que se escapa de sus labios; Maria Antonietta se ha trocado en una mujer grave y solitaria, la cual trabaja mucho, medita mas, forma muchos planes para salvar el reino y el trono y ve todos sus planes malogrados y deshechos por la indecision y debilidad de su marido.

Léjos, muy léjos están aquellos tiempos que con cada día nuevos goces y placeres la esperaban, cada alba de verano le anunciaba una mañana de delicias, y una tarde de embeleso en los bosquecillos y prados del Trianon. Habian dejado el suelo Frances los hermanos del rey, como ya se ha dicho y se habian fijado en Coblenza, sobre el Rin. Los Polignacs se habian refugiado en Inglaterra, á donde tambien acudió la princesa Lamballe mandada por la reina para que se viese con Pitt, el omnipotente ministro de Jorge III, á fin de ver si prestaba mas eficaz servicio á la oprimida corona Francesa, del que le prestaba con sus diatribas é imprecaçiones contra la sediciosa y amotinada nacion.

Tambien habian huido á Coblenza y le pagaban corte á los principes Franceses, los anti-

guos compañeros de Maria Antonietta en sus placeres y diversiones del Trianon. Allí se hallaban los condes de Bezenval y de Coigny, el marqués de Lauzun, el baron de Adhemar y los demas prófugos, asustados por la vuelta que iba tomando la revolucion. Desde allí no ocupaban los ocios en otra cosa, que en intrigas de todas especies, en suscitar una guerra Europea contra la Francia, en lanzar teas incendiarias sobre los campos ya enrojecidos de sangre de su patria, y sobre todo, en expandir calumnias contra los que se hallaban expuestos al furor popular, sin perdonar á su misma pariente y antigua amiga, Maria Antonietta, la Austriaca.

Para cohonestar su cobardía esos emigrados y creyendo que así podrian congraciarse con el pueblo, no tuvieron escrúpulo en arrojarle para que le devorara, el cordero propiciatorio, que no era otro que la reina, sobre cuyas espaldas cargaron los crímenes todos que en siglos de desgobierno habia cometido la corte Francesa. El pueblo, trocado en fiera, pedía sangre, y se le ofreció la de Maria Antonietta. Ella debia pagar por todos los pecados de los Borbones, ella que habia desprestigiado la monarquía, ella que habia chocado contra las costumbres de la nacion, ella que con su orgullo habia roto el lazo de union del vasallo con su soberano, ella, en fin, que por pura ambicion habia aislado al rey y gobernaba en su lugar.

Pero de todos los enemigos de Maria Antonietta en el destierro, el que le hacia mas daño, por ser ambicioso y astuto, era el conde de Provenza, hermano mayor del rey. Veía claro que era profundo, insondable el abismo abierto entre el trono y el pueblo Frances; pero creía él que tal vez se llenaria arrojando al fondo á Luis XVI y Maria Antonietta; y en este caso no solo se calmaba la esfervescencia y la ira populares, sino que se aumentaban las probabilidades de suceder á su hermano. En tal sentido trabajaba sin descanso, aunque sin darse cuenta de los móviles secretos de su proceder infame.

El conde de Artois, que ántes habia sido el amigo de la reina, el único de la familia real que la tenia buena voluntad y soía defenderla de las calumnias exparecidas contra ella por las tias y aun el cuñado, en Coblenza se adhirió completamente al número de los que buscaban por todos medios su perdicion. En efecto, preciso es que hubiese sido una loco, para que, oyendo repetir que Maria Antonietta con su ligereza, sus despiñfarros é intrigas habia ocasionado el descrédito de la monarquía, la irritacion popular, la revolucion, en suma, no le cobrase odio y no la creyese la causa de su forzada expatriacion.

Estaba bien informada Maria Antonietta de todo lo que se decia, se proyectaba y se urdía en Coblenza, á donde puede decirse con toda verdad que se habia trasladado la corte Francesa, puesto que los verdaderos monarcas llevaban vida de prisioneros mas que de otra cosa y de su lado se habian alejado los palaciegos y sobre todo los ministros diplomáticos de las naciones extranjeras.

—Me mataran, se decia ella á menudo suspirando, despues de enterarse de lo que pasaba en Coblenza; me mataran y lo peor es que conmigo matan al rey y á la monarquía. Sobre

todos nosotros, sobre nuestros cuerpos ensangrentados y frios, se alzar4 la revolucion triunfante.

Con todo eso, para detenerla y ver de mantener en pi4 la monarquía, aquella her6ica mujer hacia constantes é increíbles esfuerzos. Solia decir el emperador José II, su hermano, que era realista porque ese y no otro era su negocio. El realismo de María Antonieta no reconocía el mismo origen, sino que estaba implantado en su alma, era una conviccion suya profunda, hacia parte de su naturaleza.

En la defensa pues de la monarquía, que la veía amenazada directamente de consuno por el espíritu revolucionario, y los desatinos de los emigrados, se concentraban todos sus esfuerzos y cuidados. Si pudiera infundir en el rey el mismo valor que animaba su corazon, encender el mismo fuego que ardía en su pecho, no estaba aun todo perdido, aun habia esperanza de salvacion para el trono de Francia. Pero ¡ay! Luis XVI era, no cabe duda, un hombre bueno y un padre amoroso, no era rey, no sabia serlo. Aunque abundaba en el deseo de restaurar la monarquía, carecia de la energía y fuerza de voluntad requeridas nunca con mas urgencia, que en aquellas criticas y extraordinarias circunstancias. En vez de dominar la revolucion luchando á brazo partido y cuerpo a cuerpo, trató de conciliarla con concesiones y medidas buenas cuando mas para tiempos normales, de que resultó mayor violencia, pérdida completa de la dignidad real.

Pero no podia ni queria María Antonieta renunciar á la esperanza de salud. Puesto que el rey no actuaba, ella obraba por él; ya que habia de mezclarse en la política, ella la tomaba á su cargo. Con celo digno de elogio se engolfó en los negocios, gastaba muchas horas diariamente con los ministros y demas funcionarios de palacio, se correspondia frecuentemente con las cortes extranjeras, en especial con su hermano el emperador Leopoldo y con su hermana la reina Carolina de Nápoles. Para ello habia que recurrir á la escritura en cifras y que valerse de agentes secretos, que llevaran y trajeran cartas, pues no podian fiarse al correo, dado que estuviesen escritas en lenguaje ininteligible para el comun de los lectores. En todas esas cartas, escritas, se puede decir, con la sangre de María Antonieta, imploraba ella ayuda, socorro para la monarquía decadente.

Así se pasaban los dias de la reina. Trabajos y cuidados de la mañana á la noche, sueños interrumpidos á menudo; no mas cantos, no mas risas, no mas conferencias con su modista la señora Bertin, no mas encargos al peluquero Leonard poniendo á contribucion su ingenio, no mas lujo ni pasatiempos, sino un simple traje negro, un pañolón de encaje para el cuello y á veces una pluma para adorno de la cabeza.

Pagóse ella en otro tiempo de su belleza, mas de una vez la imágen que reflejaba su espejo la hizo sonreír; ahora miraba con indiferencia la palidez y flacura del rostro, lo aflado de las facciones, y no la causaba sorpresa notar que á despecho de sus treinta y seis años de edad, la reina de Francia pareciese vieja. Las rosas se habian marchitado en sus mejillas, los cuidados y no los años, habian arrugado su

frente. No sentía la pérdida de su belleza, por el contrario, casi le producía complacencia la contemplacion de su rostro de matrona, en cuyos hermosos cabellos habia dejado huellas inequívocas la noche triste de Octubre. Se habia hecho sacar su retrato para remitírselo á Londres, á la mas leal de sus amigas, la princesa Lamballe, y con sus propias manos escribió debajo:—Los pesares te han blanqueado el cabello antes de tiempo.

Sin embargo, en medio de esa vida llena de cuidados, de trabajos, de tristezas y de angustias, en medio de las tribulaciones y turbulencias de los tiempos, no faltaban horas de bonanza, rayos de luz, momentos salteados de dicha.

Fué en efecto, día de bonanza aquel que dió fin al triste y largo invierno en las Tullerías y los Estados Generales permitieron á la familia real pasar el verano en San Cloud, aun cuando esa bonanza implicaba una nueva humillacion para el monarca, quien á todas luces se hallaba á merced de los representantes de la nacion. Estos se titulaban los sostenedores del trono y aquel que se sentaba en él dependía enteramente de sus caprichos.

Habia en San Cloud al ménos alguna libertad, soledad al ménos, quietud. Cantaban los pájaros en las enramadas, el sol con sus rayos de oro alumbraba las espaciosas salas del palacio, en las cuales se reunian unos pocos servidores fieles á la reina, y esparcian algo de la pasada dicha. Allí volvió á ser la reina María Antonieta y celebró corte; pero ¡cuán diferente de dias mas venturosos!

No resonaban en las ámbias y régias salas as risas alegres y los cantos animados de otro tiempo; ni barrían el suelo con sus vestidos elegantes y ligeros de verano, las señoras de la corte; no se sentaba al clavicordio el baron de Adhemar á cantar con su rica voz de tenor las bellas arias de la ópera Ricardo Corazon de Leon, en que se hacia el apote6sis de la monarquía, y en que el cantante Garat habia arrebatado de entusiasmo y delicia á todo París, sino á Versailles y en este á la familia real.

El mismo Luis XVI no era dueño á moderar sus arrebatos de júbilo siempre que Garat con su flexible voz de tenor y exquisita expresion cantaba el ária de—Oh! Ricardo, oh! rey mio! —que le vali6 un triunfo completo en el teatro. Bien es, que en la noche á que nos referimos ahora, luego que el cantante empezó la pieza, todos los ojos se fijaron en el palco de la familia real, la audiencia en masa se puso en pié y miles de voces acompañaron en coro á Garat, repitiendo—Oh! Ricardo, oh! rey mio!

Tan complacido quedó Luis XVI con este célebre cantante, que en la repetida noche, no tuvo á ménos rendirle homenaje público, ni embarazo en ceder á las instancias de la reina, para que lo invitase á los conciertos privados de esta en Versailles, así como para que le diera lecciones de canto.

En todas estas cosas pensaba María Antonieta cuando se hallaba sola en el silencioso y desierto salon de música del palacio de San Cloud. Los instrumentos yacian arrimados á las paredes y ya no habia manos que arrancaran de sus cuerdas las pasadas melodías.

—“Me alegraría no haber cantado jamas duetos con Garat; decia entre sí la reina. No

debió el rey permitírmelo, ni yo haberlo deseado. Para la reina no se han hecho la libertad, la alegría ni la dicha. La reina puede ensayar las bellas artes á solas, en el retiro y soledad de sus aposentos. Sí, mas valiera que yo no hubiese cantado jamas con Garat.”

Como maquinalmente se sentó delante del clavicordio y pasó la mano derecha por las teclas, por la primera vez tras largos meses de silencio, dulces tonos de música resonaron en el salon.

No eran estas las notas risueñas que solia la reina arrancar de sus polvorosas teclas, eran gemidos, gritos de dolor; pero no obstante, traían á la mente los dias dorados y venturosos en que la reina de Francia se vanagloriaba con el título de la amiga de las artes; en que recibió en Versailles á su primer maestro, el famoso compositor Gluck; en que le defendió contra los amigos del Italiano Lully. María Antonieta fué el caudillo del partido Gluckista, é hizo guerra incruenta al partido Lullista, en que se dividió París. Los intereses del arte en esa época al parecer solo ocupaban los espíritus y la guerra solo se hacia con la lengua y con la pluma. Debió Gluck á la poderosa influencia de la reina que se representase en el teatro su ópera Alceste, aun cuando en su primera representacion los Lullistas vencieron con sus intrigas; y lograron oscurecer su mérito. Gluck desesperado salió del teatro y se metió por la primera calle oscura, huyendo de los silbidos del público. Siguióle un amigo, le detuvo y le habló en blando tono. Pero le interrumpió Gluck con vehemencia, echándole los brazos al cuello:—¡Ah! amgo mio! Alceste ha caido!—¿Caido? repuso el amigo apretándole la mano. Sí, Alceste ha caido: ha caido del cielo!

Se acordó de esto la reina, mientras se hallaba sentada al clavicordio, y de lo conmovido que estaba Gluck cuando refería esas palabras de su amigo, quien no habia sido otro que el baron de Adhemar.

Se acordó igualmente que agradecida á este por las palabras oportunas con que habia sostenido las esperanzas decadentes del célebre maestro, le dió la mano á besar; y que ese mismo baron, tan galante y tan fino entonces, ahora ayudaba al príncipe en Coblenza á forjar libelos contra ella, siendo él autor del desvergonzado folleto en que se ridiculizaban los estudios músicos de la reina, hasta el dueto que habia cantado con Garat.

Sus dedos al principio empezaron á deslizarse suavemente por las teclas del clavicordio, hasta que sacó notas claras y distintas y naturalmente, sin conciencia, tocó la—Queja de amor—de la ópera de Gluck. Del mismo modo se abrieron sus labios, recordó la letra, echó poco á poco la voz, y al fin cantó con apasionada expresion,—oh, crudel, non posso in vere, tu lo sai, senza dite.

A tiempo que la reina emitía las primeras notas del ária, se abrió con mucho tiento la puerta lateral del salon que daba sobre el jardín, y se asomó la crespa cabecita del delfin. Tras este venian su aya madama Tourzel y madama Isabel, su tia, que como él al oír la música se pararon á escuchar en el mayor silencio.

Luego que concluyó el canto de la reina, no

porque terminó el ária, sino porque los sollozos ahogaron la voz en su garganta, entró de carrera el infante y con los brazos abiertos se arrojó en las faldas de su madre y le dijo lleno de júbilo:

—Ah! mamá ¡con que tú vuelves á cantar? Creía yo que mi querida mamá habia olvidado la música. Pero pues has empezado á cantar, ya somos otra vez felices.

María Antonieta estrechó entre sus brazos al niño, no le contradijo, y sonriendo contestó al saludo de las dos señoras, las cuales entonces se aproximaron y pidieron perdon por haber cedido á las instancias del delfin y entrado en el cuarto sin previo permiso.

—Oh! mamá, mi querida mamá, continuó diciendo el infante, yo me he portado muy bien hoy. El abad está contento conmigo porque hice una buena plana y me supe la leccion de aritmética. ¿No me darás tú, mamá, el premio?

—¿Qué premio quieres, hijo mio? le preguntó sonriendo la reina.

—Dí, primero, si me le darás ó no.

—Bien. Te le daré, Luisito. ¿Qué premio quieres?

—Pues el premio que yo quiero es una cancion cantada por tí, mamá, y, añadió señalando para las dos señoras, que permitas la oigan estas amigas mias.

—Te voy á dar gusto, hijo, cantaré la cancion para premiar tu comportamiento excelente, y la oirán nuestras buenas amigas.

Se iluminó de alegría el semblante del niño, cogió una silla de brazos y se sentó junto al piano con mucha formalidad.

Cerca de él se sentó madama Isabel y en el respaldo del asiento del infante se reclinó madama Tourzel.

—Ahora canta, mamá.

Tocó un preludio María Antonieta, y cuando sus ojos tropezaron con el grupo de sus oyentes, se le animaron de gozo y en seguida los alzó á Dios en accion de gracias.

Algunos minutos ántes se habia creído ella la mas solitaria y triste de las mujeres, habia pensado mucho y con profunda pena en los amigos ausentes, y cómo para recordarle que aun habia dicha para ella, la suerte le enviaba su hijo y su cuñada, los cuales amaba con la mayor ternura, y la amable y afectuosa madama Tourzel, de cuya fidelidad hasta la muerte estaba convencida María Antonieta.

No llenaban ahora, como en otro tiempo, los aduladores, palaciegos, señoras y caballeros, el salon de música, ni saludaban los cantos de la reina los aplausos de entusiasmo de costumbre, pero en la silla de brazos, donde tan á menudo se sentó la duquesa de Polignac, lucía la blonda cabeza de su hijo y su iluminado semblante hablaba á su corazon con mas elocuencia que los elogios de los amigos. En el taburete, al presente ocupado por madama Isabel, su cuñada, á menudo se sentó Dillon, el hermoso Dillon, cuya radiante fisonomía, á despecho, quizás, de su voluntad, decia mas á la reina de lo que ella se permitía entender, cuando bajo sus miradas le latía el corazon de pena y gozo. Cuán pura é inocente es la cara que ahora luce en esa silla, la cara de un ángel que lleva el sello de Dios en su corazon y en su aspecto!

—Ruega por mí, ruega para que Dios me dé

beber las aguas del Leteo y olvide lo pasado. Ruega para que esté contenta con lo que queda y mi corazón aprenda humildad y paciencia.

Así dijo mentalmente la reina cuando empezó á cantar no una de las grandes arias que habia estudiado con Garat, que aplaudia tanto la corte, sino una de las muchas amorosas canciones, llenas de sentimiento y melodia, que no arrebatan de entusiasmo es verdad, mas que hacen latir el corazón de gozo y emocion.

Sin respirar casi, y con los grandes ojos clavados en Maria Antonietta, escuchaba el delfin. Gradualmente, sin embargo, se le fueron cerrando los párpados, se le puso mas grave el semblante y, al fin inmóvil, permanecia en la silla de brazos.

Lo notó Maria Antonietta, y en vez de la canción con que habia principiado, siguió cantando una de el Amigo de los Niños, que habia escrito Berquin, y puesto en música Gretry con tanta gracia.

La última estrofa, decia poco mas ó ménos como sigue:

Duerme hijo, cierra los ojos,
Tu llanto me despedaza el corazón;
Duerme, hijo mío, tu pobre madre
Harto tiene con su dolor.

Yacia el salon de música en el mayor silencio cuando la reina acabó de cantar estos versos, y mucho despues que dejó de oírse la triste voz de la cantora, continuaba sentado el delfin, inmóvil y con los párpados cerrados.

—¡Ah! ved, dijo madama Isabel sonriendo, creo que nuestro Luisito se ha quedado dormido.

—Querida tía, exclamó el niño levantando la cabeza de repente y mirando á la princesa con aire de reprehension, "¿cómo es posible dormirse uno cuando mamá canta?"

Maria Antonietta al oírle le atrajo á sí llena de cariño y delicia. Jamas habia recibido ella elogio tan grato ni tan fino del mas refinado cortesano, como el que encerraban las palabras de su inocente hijo.

La reina de Francia es aun mujer dichosa y digna de envidia, porque tiene hijos que la adoran; la reina de Francia no debe desesperar del porvenir, porque el porvenir pertenece a su hijo. Algun dia le tocará en suerte, el queridísimo de su corazón, ese trono en el dia tan decadente é inseguro, y para que no se hunda en el precipicio abierto por la revolucion, fuerza es que la tierna madre luche sin tregua y con todas sus potencias le defienda hasta vencer ó morir.

No, el delfin Luis Carlos, no se acordará con pena de sus padres, no tendrá motivo de queja, no dirá que por falta de ánimo y energia, ha peigrado ó perdido la herencia sagrada de sus antepasados.

No, la reina Maria Antonietta, es fuerza que no ceda, ni se amilane, aun cuando su marido pierda la esperanza y se descorazone del todo, doblando la cerviz al yugo de la revolucion, que en nombre de la Francia quieren imponerle los demagogos, enemigos de la monarquía.

Esto mismo le impone el sagrado deber de estar siempre lista, alerta y en guardia para repeler el ataque y buscar la ayuda y el conhorto que quiera que puedan venir.

Y estos no hay que esperarlos de fuera, no de los monarcas extranjeros, no de los príncipes emigrados. Porque la invasion del país por los ejércitos extranjeros, colocaria al rey, que los habia llamado á pelear contra su pueblo, en la categoría de los traidores á la patria y tan pronto como traspasasen las fronteras de la Francia, la cólera popular haria pedazos á los monarcas.

Solo podia esperarse socorro de los mismos que habian traído aquel estado de cosas. Los defensores de la monarquía era fuerza que se ganaran á los caudillos de la revolucion, á los jefes de partido que eran los que guiaban las ciegas masas populares y ejercian sobre ellas influencia omnipotente.

Y ¿quién mas poderoso, mas conspicuo entre todos los jefes y oradores de la Asamblea Nacional, que el conde de Mirabeau?

Siempre que él ascendia á la tribuna todos guardaban respetuoso silencio, hasta sus mismos contrarios escuchaban atentamente las menores palabras que se escapaban de sus elocuentes labios, porque tenian eco en toda la Francia. Sí, porque ¡ay! del que se ponía en su camino, cuando él hablaba, cuando estallaba el trueno en sus discursos, cuando sus ojos relampagueaban con el fuego de la elocuencia, cuando sacudia la cabeza, como hace el leon con su melena en momentos de furor. Y se sabe que la nacion Francesa adoraba en ese leon, escuchaba con reverente atencion su palabra de fuego, ante la cual se estremecia el trono hasta sus fundamentos.

Do quiera que se presentaba este leon, el hombre mas popular de Francia, rey de la palabra, allí era saludado con aclamaciones de entusiasmo, y se acogian con muestras de delirio aquellas sus frases célebres, lanzadas contra los de su propia casta: "No han nacido mas que tomarse la pena de nacer."

Amaba el pueblo a este aristócrata atorrizado por su familia y por los de su propia alcurnia, á este conde a quien odiaba la nobleza por que le distinguia el Tercer Estado.

CAPITULO XVII.

MIRABEAU.

—Preciso es ganarnos á Mirabeau, se atrevió á decir un dia á Maria Antonietta el conde de la Mark. Mirabeau es hoy dia el hombre mas poderoso de la Francia, el único capaz de hacer que la nacion vuelva á su antigua lealtad y obediencia.

—El es, replicó la reina con vehemencia, el principal culpable en la enagenacion que se ha efectuado entre el pueblo y el trono. Jamas se le perdonará al renegado conde su culpa, ni creo tampoco que el rey se humille al punto de perdonar á ese apóstata, que profesa con desdoro la nueva religion de la libertad y reniega de la fé de sus padres.

—Y sin embargo, augusta señora, observo el conde suspirando, quizas en manos del apóstata se halla ahora mismo el destino futuro del hijo de V. M.

—¿El destino de mi hijo? repitió la reina temblando, y desapareció de su semblante la expresion fiera que hasta entónces habia parecido en él. ¿Qué quereis decir con eso? Qué

tiene que ver el conde de Mirabeau con el delfin? Contra nosotros solo se dirige su ira, su odio contra nosotros solamente. Concedo que hoy es poderoso, mas no creo que su poder alcance al porvenir. Espero, por el contrario, que el futuro nos vengue del mal que Mirabeau nos hace al presente.

—Pero ¿de qué vale esa esperanza, dijo el conde con tristeza, si se le abandona á la corriente revolucionaria? Ruego á V. M. cierre el oído á la justa indignacion y escuche solamente á la voz de la prudencia. Otra cosa seria, si en vez de castigar, tratase V. M. de dominar los impulsos de su noble y recto corazón y de conciliar el odio de sus adversarios.

—¿Pues qué es lo que exigis de mi? preguntó Maria Antonietta asombrada. ¿Qué he de hacer?

—Seria conveniente que V. M. encadenase al leon. No dudo que V. M. posea la gracia de trocar al enemigo Mirabeau en el amigo y muy leal Mirabeau.

—Imposible, imposible! exclamó la reina aterrorizada. No puedo bajarme á tanto. Jamas podré mirar con otros ojos que los del aborrecimiento al monstruo que tuvo la culpa de los horrores de octubre. Me inspira asco, desden, horror, solo el nombre de un hombre famoso por sus crímenes y por sus infidelidades como hijo, como marido, como amante, como aristócrata y como vasallo. Antes morir que aceptar la ayuda del conde Mirabeau. ¿Ignorais, conde, que él me honra á mi, su reina, con su enemistad y su desprecio? No fué Mirabeau quien hizo que no se declarara inviolable mi persona como la del rey? No fué él quien, exhortado por mis amigos á usar moderacion y no hablar de la reina de Francia en los términos duros en que lo hacia, dijo, encogiéndose de hombros:—"Buena, que viva. Una reina humillada puede ser buena para cualquier cosa: degollada solo sirve para argumento de una tragedia?" No es él quien ha dicho públicamente:—"El rey y la reina están perdidos? Tanto los odia el pueblo, que destruiria sus mismos cadáveres?"

—Cierto es que Mirabeau ha hecho uso de las palabras que V. M. le atribuye, pero no en tono de amenaza, sino de compasion, de hondo sentimiento y simpatía.

—Simpatía! repitió la reina. Decid mas bien antipatía.

—Perdone V. M. si insisto en mi parecer. Mirabeau honra á su reina y está dispuesto á dar su vida por V. M. y por la monarquía, con tal que V. M. le perdone y le admita como defensor del trono.

Se estremeció la reina y miró á la encendida cara del conde de la Mark, con expresion de duda mezclada de horror.

—¿Hablais de Mirabeau, del tribuno del pueblo, del feroz orador de la Asamblea Nacional?

—Si place á V. M., hablo del conde Mirabeau, que ayer era el enemigo del trono, y mañana será su mas celoso campeón, con solo que lo desee V. M. y le dirija una palabra amable.

—Eso no es posible, no; dijo la reina con fuerza.

—Desde que ha tenido ocasion de ver á V. M. con mas frecuencia, desde que ha podido enterarse del espíritu animoso y dignidad que distinguen á V. M., se ha operado un cambio

completo en el carácter de Mirabeau. Se ha amansado como se amansa el leon cuando le miran á la cara los ojos de un alma pura. Si pudiera conciliarsele, aun podria servir de mucho. El escribe y habla de su augusta reina con admiracion, con entusiasmo; él se perez por confesar sus pecados á los pies de V. M. y recibir el perdon.

—Sabe esto el rey? preguntó Maria Antonietta.

—No me habria tomado la libertad de hablar de estas cosas á V. M., si el rey no me hubiese autorizado; repuso el conde de la Mark haciendo una reverencia. Reconoce S. M. la necesidad de ganar á Mirabeau y á este fin se promete alcanzar la cooperacion de su augusta esposa.

—Hablaré á S. M. sobre ello, dijo Maria Antonietta pensativa y triste. Pero debo advertir que solo en el caso de imprescindible necesidad me resignaria á hablarle á ese hombre.

Es que el caso no era ya solo necesario sino de extrema urgencia. Así, tan luego como Maria Antonietta se convenció de ello, cumplió su palabra y obró en consecuencia, comisionando al conde de la Mark para que se viese con su amigo Mirabeau y le dijese que la reina estaba dispuesta á concederle una audiencia.

Pero á fin de que esta fuese de algun provecho, era menester que la entrevista se llevase á efecto con todo el secreto posible. Nadie debia sospechar siquiera que Mirabeau, el tribuno del pueblo, el campeón de la libertad, el despota de la Asamblea Nacional y del mismo Paris, el apóstol y el salvador de las ideas democráticas, el fogoso orador que con su elocuencia electrizaba la nacion, nadie debia sospechar, decimos, que el caudillo de la revolucion se habia convertido en el abogado de la monarquía porque el rey habia pagado liberalmente sus servicios.

Porque es sabido que cuando el conde de la Mark por la primera vez le habló del asunto, Mirabeau puso tres condiciones, á saber: que la reina le concediese una audiencia, que el rey saldase sus deudas y que le señalase una pensión anual de cien luises de oro.

—Estoy pagado, mas no comprado, dijo Mirabeau cuando recibió la primer mensualidad. Ya está llenada una de mis condiciones; ¿cuándo se llenarán las otras?

—Insiste V. pues en lo de la audiencia de S. M. la reina? le preguntó el conde de la Mark.

—Sin duda, contestó Mirabeau con firmeza. "Si he de batallar y hablar en favor de esta monarquía, es menester que aprenda á respetarla. Para creer en la posibilidad de restaurarla, fuerza es que me convenza de su capacidad para vivir. Por mí mismo he de ver, si me las hé con gente animosa, decidida y noble. Desde luego se advierte que aquí el único y verdadero rey es Maria Antonietta, y que ella es el solo hombre que rodea á Luis XVI. Debo pues hablar con ella, á fin de convencerme por mí mismo si merece la pena de que yo arriesgue la vida, la honra y la popularidad. Si Maria Antonietta es la heroína que me figuro, nos uniremos para salvar la monarquía y el trono de su marido. Pronto sabremos lo que son capaces de allanar una mujer y un niño, y si la hija de Maria Teresa con el delfin en sus brazos

mueve los corazones de los Franceses, como en otro tiempo su gran madre movió el de los Húngaros."

— Cree V. pues, conde de Mirabeau, le dijo el de La Mark, que el peligro es tan grande, que sea necesario acudir á medidas heroicas?

Con un movimiento brusco Mirabeau echó mano de su amigo por el brazo y apareció en su rostro de leon una expresion de vehemente solemnidad.

— "De ello estoy convencido, dijo. Añadiré que el mal es tan grande, que si no lo atajamos pronto con algun remedio heroico, es muy posible que no tenga cura. El restablecimiento de la autoridad real es la única ancla de salvacion para la reina. Creo que ella no apetece la vida sin la corona, y estoy cierto, que para conservar la vida, es menester ante todo salvarle la corona. La ayudaré en esta empresa y la defenderé, y á este fin se hace urgente que yo tenga una entrevista con ella."

En tal virtud, Mirabeau, el primer hombre de la revolucion, tuvo una conferencia con Maria Antonieta, el campeon de la moribunda monarquia.

Tuvo efecto en el parque de Saint Cloud la entrevista de la reina con Mirabeau, el 3 de julio de 1790. En el secreto y el silencio de un sitio muy retirado, al abrigo de árboles coposos y espesas matas, se efectuó esa reunion memorable, despues de haberse tomado cuantas medidas se creyeron conducentes, para que nadie, excepto unos pocos amigos íntimos y de confianza, tuviese sospecha de su ocurrencia.

En medio del cenador ó pabellon habia un banco de mármol blanco; trono por entonces donde Maria Antonieta debía recibir el homenaje de su nuevo caballero. El día ántes habia ido Mirabeau á la quinta de su sobrina la marquesa de Aragan, en las inmediaciones de París. Allí pasó la noche, y á la mañana siguiente, en compañía de su sobrino, el señor de Saillant, se dirigió á pié al parque de Saint Cloud.

En la puerta reservada, abierta de propósito para la secreta entrevista, Mirabeau se despidió de su compañero, alargándole la mano.

— Yo no sé por qué se apodera de mi espíritu en este instante un presentimiento extraño y oigo allá dentro una voz que me dice: Retrocede, Mirabeau, vuelve atras; no traspases el quicio de esta puerta, porque es lo mismo que poner el pié en el sepulcro abierto.

Y al decir esto, le temblaba la voz, aquella voz misma, cuyo trueno habia sacudido tantas veces las ventanas de la Asamblea.

— Obedezca, tío, el aviso, le dijo el señor de Saillant, es tiempo todavía de retroceder. Lo que pasa por V., pasa por mi en este instante. Yo tambien no las tengo todas conmigo.

— Si me querrán echar una celada! dijo Mirabeau recapacitando. Estos armeros Borbones son capaces de todo. ¿Quién me asegura que no me han traído aquí para atarme de piés y manos, á mí que soy su enemigo mas peligroso, y arrojarme en un calabozo, donde nadie, ni los pájaros, den conmigo? Amigo mio, añadió de pronto, como saliendo de una cavilacion, aguarda por mí en este sitio, y si dentro de dos ó tres horas no vuelvo, corre á París, preséntate en la Asamblea y dí que Mirabeau, movido á piedad por los lamentos de la reina, fué á Saint Cloud, y allí le detienen preso.

— Así lo haré, tío, repuso el marques; pero no temo traicion ninguna de parte del rey ni de la reina. Ambos saben muy bien que sin Mirabeau estan perdidos para siempre, al paso que creen que él es probable que los salve. Mi temor no es ese.

— Sepamos cuál es el temor de V.

— Temó á los enemigos de V. en la Asamblea Nacional. Temó á los irritados republicanos, que empiezan á desconfiar de V. desde que ha empezado á hablar en favor de la monarquía y hasta osado defender á la reina de los groseros insultos que le dirige Marat en su diario *El amigo del pueblo*.

— Cierto, dijo Mirabeau con sonrisa irónica. Harto se me alcanza que esos demagogos estan que trinan contra mí de algun tiempo á esta parte. Aun me dicen que el severo é incorruptible Petion, volviéndose para Danton, al terminar yo un discurso, dijo: Este Mirabeau es peligroso á la libertad, porque corre demasiada sangre del conde en las venas del tribuno del pueblo. Me dicen tambien que Danton replicó: En ese caso saquemos la sangre del conde de las venas del tribuno, para que ó se cure de su enfermedad reaccionaria ó muera de ella. "Pero eso no será bastante á impedir que yo combata á toda especie de facciosos. Los Franceses son todos amigos de la libertad; falta hacerlos enemigos de la licencia."

— Tenga presente, tío, sin embargo, que ya Marat dice y repite que V. es un traidor, ansioso de vender á la monarquía la incipiente libertad de que gozamos. Añade que á V. le aguarda la suerte de todos los Judas y que algun día pagará con la cabeza; porque si le cogen en una traicion harán con V. lo que Judas hizo consigo mismo.

— ¿Y cree V., dijo Mirabeau en tono de desprecio, que ese zapo parlanchin de Marat, tendrá el gusto de apretarme el pescuezo?

— Lo que yo creo es que V. debe andar listo con él. Anoche nada ménos tropecé cerca de nuestra quinta con dos hombres disfrazados. ¿Quién nos asegura que no eran compinches de Marat, ó este y Petion en persona? Tengo para mí, demas de eso, que ambas figuras nos han seguido los pasos en nuestro camino aquí.

— No importa! exclamó Mirabeau alzando la cabeza y sacudiendo la melena como solia. El leon no teme á los insectos que le zumban en torno, le basta una manotada para apachurrarlos. Y para mí no son otra cosa que insectos Petion y Marat. Si no quieren que los pisotee que se quiten de mi camino. Pero se pasa la hora de la cita. ¡Adios! Espéreme aquí.

Saludó al sobrino, pasó el quicio y entró en el parque, de cuyo arco de entrada habian quitado el letrero, que hasta la revolucion se veia en los sitios reales. — Por la reina, letrero de humillante significacion para el pueblo.

Tomó Mirabeau la primer senda que se le ofreció delante y se encaminó al interior del parque con ligeros pasos mas la expresion del semblante alterada, como si la voz interior de que ántes habia hablado, aun le dijese que se volviera y que adelarte le esperaba el sepulcro. Detúvose, sacó el pañuelo del bolsillo, y se enjugó las gruesas y frias gotas de sudor que le brotaban en la frente.

— ¡Qué necedad! exclamó entre sí. Esta es una necedad. ¡Pues no parezco una tímida

muchacha que acude á la primer cita amorosa! ¿Qué vergüenza!

Sacudió la cabeza cual si quisiese alejar de sí malos pensamientos y se adelantó para reunirse con el conde de La Mark, que ya le esperaba en un codo de la senda.

— Ya está aquí la reina y espera por V., Mirabeau, le dijo el conde en tono de queja apenas se encontraron.

En vez de responder el célebre tribuno se encogió de hombros y siguió andando con mas rapidez. Pronto llegaron al cenador y en el banco del medio, apenas visible por los árboles y arbustos, habia una mujer vestida de blanco, con el sombrero de paja al brazo y el cabello cubierto por velo negro de encaje. Era Maria Antonieta.

Detúvose Mirabeau y le dirigió una mirada larga y escrutadora. Cuando despues se volvió para su amigo, llevaba en la pálida cara las huellas de honda emocion.

— Amigo mio, dijo á La Mark, ignoro la causa, mas siento una cosa extraña. Desde el día en que mi padre me lanzó con una maldicion de la casa de mis antepasados, no he vuelto á llorar, ahora, viendo á esa mujer, mi alma es presa de una inexplicable simpatía y tengo que hacer esfuerzos para que no se me escapen las lágrimas.

Tambien habia visto la reina á Mirabeau, y como él se habia puesto pálida, aunque por distinta causa. Toda nerviosa se volvió para el rey, que se hallaba inmediato, medio oculto por el follaje y le dijo estremeciéndose:

— Eh ahí ese hombre maldito. "Dios mio! sin poderlo evitar un sentimiento de horror me enfria la sangre en las venas. Me espeluzno y de solo mirar á ese monstruo se me figura que voy á enfermar de repugnancia."

— Valor, Maria, serenidad, le dijo el rey en baja voz. Reflexiona que nuestro bienestar y el de nuestros hijos depende quizas de esta entrevista. Mira que se acerca. Recíbele con amabilidad. Me alejo para que sea el triunfo tuyo todo, ademas de que en mejores manos no puede estar la suerte de la monarquía.

— Pero no te alejes mucho, cosa que me oigas si pido socorro.

— No temas nada, replicó el rey sonriendo; y cree que si hay peligro, mayor es el que corre Mirabeau. Sobre él y no sobre nosotros recaerán toda la culpa y el odio, si se sabe que ha venido á vernos aquí. Pero hasta luego. Hé ahí á Mirabeau.

Este se acercó entonces á la reina y le hizo una cortesía; levantándose ella del asiento para recibirle. En aquel momento Maria Antonieta dejó de ser la reina que daba audiencia, para ser la ansiosa señora que se adelanta á salir al encuentro del mal, á fin de mitigarlo con amabilidad y sonrisas.

— Acercaos, conde, dijo Maria Antonieta tocando en pié.

Pero á medida que él se aproximó, ella fué cayendo en el asiento hasta quedar sentada otra vez, siempre sin apartar la vista de su rostro, el cual ya no le parecia de un monstruo, porque hartó se echaba de ver, que sus ojos, pintados como de fuego, expresaban respetuosa benevolencia.

— "Conde, prosiguió la reina y le tembló un tanto la voz, conde, si resultase hallarme cara

á cara con un enemigo comun, con un hombre cuyo único objeto era destruir la monarquía, sin ocuparse de si será ó no provechosa al pueblo, no cabe duda que yoitaria en este momento un paso inútil. Pero tratándose de Mirabeau, traspasa uno sin quererlo los limites ordinarios de la prudencia, y la esperanza de su apoyo se mezcla con la admiracion que produce el acto."

— Señora, replicó conmovido Mirabeau, no vengo aquí como enemigo, sino como leal servidor, listo á dar la vida, con tal de ser útil á la monarquía.

— ¿Creeis pues, que es cuestion de vida, ó mejor dicho, de muerte, la que va á librarse entre el pueblo Frances y la Monarquía?

— De ello estoy convencido, contestó Mirabeau. Espero, sin embargo, que aun puede resolverse la cuestion en favor de la monarquía, con tal que en tiempo se haga uso de los medios adecuados.

— ¿Y cuáles son esos medios adecuados, según vuestro parecer, conde?

Sonrióse Mirabeau y miró con asombro al noble rostro de la reina, que, con tal compostura, habia hecho una pregunta, cuya resolucio traia perplejos por siglos á los mas grandes pensadores y estadistas.

— Tendrá V. M. la dignacion de perdonarme si pido permiso á mi augusta reina para hacerle una pregunta, ántes de contestar la suya? — Bien, preguntad, conde; replicó Maria Antonieta inclinando ligeramente la cabeza.

— Esta es mi pregunta: ¿Es el propósito y la mira de V. M. de restablecer el antiguo régimen? En otras palabras, juzga posible V. M. que retrograde el carro de la humana historia y de la política?

— En la pregunta se encuentra la respuesta; dijo Maria Antonieta suspirando. Imposible es reedificar el mismo edificio con sus propias ruinas. Debemos quedar satisfechos si se puede fabricar con ellas una casa en que poder vivir.

— ¡Ah! Señora! exclamó Mirabeau. Esa respuesta es el primer rayo de luz que traspasa las tempestuosas nubes. Ya puede descubrirse el nuevo día y saludarse con delicia. Despues de oir esa noble respuesta de V. M., levanto los ojos al cielo con mas confianza y las nubes ya no me aterrorizan, porque sé que pasarán pronto, siempre, sin embargo, que no se descuide el empleo de medios adecuados.

— Ahora bien, conde, repito, ¿qué llamais medios adecuados?

— Ante todo, repuso Mirabeau, es fuerza buscar la causa del mal y reconocida, confesarla; la voluntad hará lo demas.

— Bien pues, decidme, señaladme la causa del mal.

Hizo una cortesía Mirabeau y en el estilo claro y terso que le era peculiar y con la vehemencia de su carácter, describió la situacion de la Francia y la relacion de los varios partidos políticos entre sí, con la corte y con el trono. Con frases gráficas, al mismo tiempo que rastos mordaces, pintó los jefes de los clubs, los caudillos de los partidos de la Convencion Nacional, indicando ademas el punto delicado á que se encaminaban los delegados de la izquierda, conocida por la Montaña. Por pura delicadeza no hizo uso de la palabra *república*,

pero bien claro dió á entender á la reina que esos ultraliberales no se proponían ménos que la destrucción de la monarquía, junto con la muerte de la familia real.

Habia prestado María Antonieta la mayor atención al elocuente y breve discurso del conde, sin apartar un punto sus grandes y expresivos ojos del rostro del orador, lo que parece fué parte muy principal á encender nueva esperanza en su pecho descreído.

—Todo aun puede tener un buen resultado, dijo él. Ya buscaremos medio de contrabalañar las fuerzas que tratan de socavar los cimientos del trono, lo mismo que arrancar de manos de sus enemigos las peligrosas armas de que hacen uso. Como he dicho á Lafayette, combatiré todas especies de facciones. Haré ver que soy de hoy en mas el firme é inquebrantable defensor de la monarquía constitucional. Emplearé aquellos medios que mueven el ánimo de los hombres y les haré ver, que no son incompatibles la libertad y el gobierno de uno mismo, con la monarquía, sino que en esta descansan aquellos.

—Así, pues, dijo María Antonieta en tono casi de súplica ¿podemos contar con Mirabeau? Estais dispuesto á defendernos y ayudarnos, con sus consejos y con su persona?

A la mirada inquisitiva y ansiosa de la reina correspondió Mirabeau con una cordial sonrisa y una expresion de noble confianza.

—“Señora, dijo luego en su tono de voz vibrante, defendí los principios monárquicos cuando solo conocia su lado débil é ignoraba los altos pensamientos que se encerraban en el alma de la hija de María Teresa, cuando no contaba que tendria uno que secundase tan bien mis miras. Abogué por los derechos del trono quando se desconfiaba de mí, cuando me perseguían con calumnias, cuando se me declaraba traidor. Serví á la monarquía, en fin, cuando sabia que no recibiria ni bondad ni favor, de mi legitimo, aunque mal informado rey. ¿Qué no haré ahora que la confianza anima mi espíritu y que la gratitud ha querido que mis deberes corran por el mismo cauce que mis principios? Soy por tanto y permaneceré en ser lo que siempre he sido, el defensor de la monarquía regida por la ley, el apóstol de la libertad garantizada por la monarquía.”

—Os creo, conde; exclamó María Antonieta conmovida. Me prometo, que si nos servís con fidelidad y celo, aun todo puede resultar en bien. Os prometo seguir vuestros consejos y obrar de acuerdo con ellos. Si os poneis en comunicacion con el rey, él os consultará sobre los asuntos importantes y las cosas esenciales á su bienestar y al del pueblo.

—“Señora, dijo Mirabeau, me tomo la libertad de añadir lo siguiente á lo que he dicho: Lo mas importante es que la corte salga de París por algun tiempo.”

—¿Que huyamos? preguntó María Antonieta asustada.

—No que huya, sino que se retire. El pueblo exasperado amenaza la monarquía, de su vista es en consecuencia conveniente ocultar la corona por un corto tiempo, hasta que éntre en la razon y la línea del deber. No digo, por lo tanto, que es menester huir, sino meramente abandonar á París, porque este es el foco de la revolucion. Tan pronto como sea posible,

aléjese la corte á los confines de la Francia. Que reuna allí un ejército, que lo ponga á las órdenes de un general de confianza y que con él marche á la sediciosa capital. Yo estaré allí para allanar el camino y abrir las puertas.

—Gracias, conde, gracias por el consejo; exclamó María Antonieta poniéndose en pié. Ya no me cabe duda hacia el futuro, porque mis pensamientos coinciden con los de nuestros mas grandes estadistas. Tambien yo estoy convencida que la corte debe salir de París, que debe retirarse, á fin de evitar nuevas humillaciones, volviendo solo con el esplendor de su poder y un ejército que ponga en fuga á los rebeldes y anime á los tímidos y leales. Ah! Decid al rey todo lo que me habeis dicho á mí, probadle que la única salvacion de la corona y del mismo pueblo, estriba en nuestra lejanía de París. No dudo que vuestras palabras convencen al mas noble y bueno de los monarcas, ni que él deje de seguir vuestros consejos. A la obra, pues, conde. Ante vuestra actividad y vuestra inimitable elocuencia, será fuerza que toda oposicion doble la cerviz, y podeis contar eternamente con mi gratitud y la del rey. Adios! Espero que tendreis presente que mis ojos seguirán todos vuestros pasos y que mis oídos recogerán toda palabra que salga de vuestros labios en la Asamblea Nacional.

—Señora, dijo Mirabeau, cuando vuestra augusta madre se dignaba favorecer á uno de sus vasallos concediéndole una audiencia, nunca le despedía sin darle á besar la mano.

—Cierto, repuso María Antonieta con una amable sonrisa. En esto, al ménos, puedo imitar á mi célebre madre.

Diciendo lo cual la reina le extendió la mano con gracia inimitable. Mirabeau, arrebatado de gozo, fuera de sí á la vista de esta muestra de cortesía y de favor, se puso de rodillas y se llevó á los labios la blanca y delicada mano de la reina.

—“Señora, exclamó con mucho calor, este beso salva la monarquía;” fanfarronada propia de un gascon.

—Si habeis dicho la verdad, me prometo que sí; dijo la reina alzando á Mirabeau y despidiéndole con una inclinacion de cabeza.

El famoso tribuno en el colmo de la dicha, fué á reuairse con su sobrino en la puerta del parque.

—“Ah! le dijo respirando con fuerza y poniéndole la mano derecha en el hombro. ¿Qué he oido y visto, amigo mio! Ella es muy grande, muy noble y muy desgraciada! Pero, añadió con energía, la salvaré, sí, la salvaré.”

Decia Mirabeau lo que sentía, no porque hubiese sido complotado, sino porque le habia ganado, arrastrándole, el noble porte de la reina. Desde ese momento se hizo el mas celoso defensor de la monarquía, el elocuente campeón de María Antonieta. Pero no le fué dado detener las impetuosas olas de la revolucion, la muerte únicamente le salvó de ser anegado por ellas.

Sabia muy bien Mirabeau el peligro de su posicion, no hacia misterio de ello. Un dia en que antes de su apostasia; habló por la primera vez en pro de la monarquía y de las prerogativas reales, tratando de decirse la cuestion de paz y guerra, hizo el elogio del rey, y fué eso bastante para que se alzase contra él la

mitad de la Asamblea Nacional. No le intimidaron por cierto la gritería de los Jacobinos, ni la acusacion de traicion que le hizo el pueblo, ni el llamarle Catilina, el maldecirle y declararle cómplice de Orleans. A esta tempestad opuso una obra maestra de elocuencia, concluyendo por aquella salida suya célebre: “No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán poco dista el Capitolio de la roca Tarpeya.”

No se escondia á los caudillos del partido republicano el poder de Mirabeau, comprendiendo todos que era muy capaz de armar los fragmentos de la corona que habia contribuido á hacer pedazos. Y para impedir que se saliera con el intento, conocieron que era preciso apultarle bajo dichos escombros.

Despues de su memorabile entrevista con la reina, empezó á declinar la salud de Mirabeau. Decian sus enemigos que procedia de sus excesos y de haber bebido un vaso de agua fria en medio de un acalorado debate en la Asamblea Nacional. Sus amigos sospechaban que se habia mezclado veneno sutil en esa agua, con el fin de deshacerse de tan poderoso contrario. Séase de esto lo que se fuere, la verdad es que despues de un dia de lucha parlamentaria y de una noche pasada en desórdenes, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Desmayóse en la tribuna y le trasportaron á su casa sin conocimiento. Tras largos y repetidos esfuerzos de parte de su célebre médico Cabanis, abrió Mirabeau los ojos.

Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda la Francia se conmovia al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque se le creia necesario. En París no se hacia mas que una pregunta: ¿cómo sigue Mirabeau? Por mañana y tarde su calle, el patio, las escaleras, las anteceras de la casa estaban llenas de gente; algunos pasaban allí la noche, otros ofrecian su propia sangre para intentar la transfusion; y todos en el silencio del respeto y del terror aguardaban noticias.

Luis XVI mostraba por él algun interes en público y muchísimo en particular: con ir á verlo habria podido aun ganar un dia de favor popular; pero no lo consentia la etiqueta. Con razon pudo decir Mirabeau: “llevo conmigo el luto de la monarquía,” y consolarse con la visita de Barnave enviado por los Jacobinos, y con oír el rumor de todo el pueblo que esperaba noticias suyas.

Sintiendo aproximarse su última hora hizo llamar á su médico Cabanis y á su amigo el conde de La Mark. A este último tendió la mano y estrechando la suya, le dijo: “Querido amigo, vos que entendeis de hermosas muertes, ¿estais contento?” A tales palabras el conde, aunque por naturaleza frío, no pudo contener las lágrimas. Lo notó Mirabeau y le dijo cosas afectuosísimas. Luego hablando con los dos, añadió en tono de voz suave y distinto: —“Amigos míos, voy á morir. Cuando se llega á este trance, solo queda una cosa que hacer: que le perfumen, le acicalen y le rodeen á uno de flores, á fin de caer agradablemente dormido en brazos de ese sueño de que no se despierta jamas. Llamad mis criados, quiero que me afeiten, me vistan y me arreglen como se debe. Abrid las ventanas, dejad que

entre el aire caliente del cielo y traed las flores, que quiero morir á la luz del almo sol y en una atmósfera perfumada.”

Así sucedió que en el cuarto dia de atroces padecimientos y larga agonía, mucho ántes de que las calles de París empezasen á dar señales de vida, se oyó un grito en ellas: ¡Mirabeau pide flores! Flores para Mirabeau! Y á su eco, en la mañana del 2 de abril de 1791, París despertó de su sueño, y se abrieron las ventanas y las puertas de la ciudad y miles de personas de todos sexos y edades, acudieron á casa del orador moribundo con fragantes ramilletes y cestos atestados de bellas flores. No parecia sino que de repente la fria y vaporosa temperatura de primavera, se habia transformado en la caliente y diáfana de verano, y que todos los invernaderos de París habian vertido sus tesoros florales á los piés del gladiador de la palabra que decia el último adios al César de aquellos dias, el pueblo Frances.

El rey acostumbraba inquirir por la salud de Mirabeau cuatro veces al dia, y cuando en la mañana del 2 de abril le comunicó la nueva de su muerte el conde de La Mark, se puso pálido y dijo con tristeza;—¡Es mucho nuestro infortunio! Hasta la muerte conspira contra nosotros.

Tambien produjo honda impresion la triste nueva en María Antonieta, la cual dijo:—El queria salvarnos y tenia por lo tanto que morir. Demasiado pesada la carga fuerza era que bajo el peso cediese la columna. Se desplomará el templo y nos enterrará en sus ruinas, si no procuramos ponernos en salvo. Sí, es preciso seguir el consejo de Mirabeau y alejarnos cuanto ántes de París. Que su espíritu ilumine al rey á fin de que haga lo que se juzga necesario, urgente, nuestra lejanía del foco de la revolucion.

CAPITULO XVIII

REVOLUCION EN EL TEATRO.

NUEVA COMOVACION, grandes temores y espantable tumulto, reinaban en París el 20 de junio de 1791. Se habian desatado las furias de la revolucion, es decir, las verduleras en compañía de la hez del pueblo recorrían las calles como locos, llenaban las plazas y no cesaban de gritar y lanzar horribles maldiciones contra el rey y la reina, ya convertida para la canalla en madama Veto, la perra de la Austriaca.

La Guardia Nacional en grandes columnas, guardaba los apaches del real palacio de las Tullerías, y con harto trabajo impedia que el pueblo llenara la gran plaza y obstruyera el paso, que debia dejarse franco para que por él pudiesen volver á la régia morada de sus mayores, el rey, la reina, el delfin, el aya de este y la hermana de aquel, detenidos en su fuga de París.

Habia diputado la Asamblea Nacional al general Lafayette, para ir á Varennes con dos regimientos y escoltar la corte en su vuelta forzada á la capital del reino. El hecho era muy notable para no excitar la curiosidad pública á su mas alto punto. Puede decirse pues, que toda la poblacion, amigos y enemigos de la monarquía, concurrieron desde bien temprano á observar la vuelta de los presos reales y tomar parte en aquella verdadera procesion fúnebre.